

virtud de entrambos. En las citadas Informaciones hallo algunos casos particulares de nuestro V. P. Antonio, sucedidos por este tiempo; pero tengo

por bien el dejarlos para lugar mas oportuno, deseando que los sucesos guarden entre sí la uniformidad mas posible.

CAPITULO VI.

ENTRA EL V. P. ANTONIO

con su Compañero à la Talamanca, y convierte millares de Gentiles: Se vé muchas veces en manifesto peligro de la vida, y lo libra Dios milagrosamente.

Haviendo estos dos nuevos Apostoles levantado las victoriosas Vanderas de la Cruz, con tantos, y tan gloriosos triunfos del Cielo, en los Obispados de Comayagua, y Honduras, y de Nicaragua, y Costa-Rica, llegaron à la vista de las Montañas de la Talamanca, que à mas de la quantiosa Nacion de este nombre, abrigaba en su dilatada circunferencia à los Terrabas, Cavécáres, Chichagues, Usambores, Caves, Usuros, Mayagues, y otros. Y noticiosos de que en aquellos Idólatras, y Gentiles gentes no havia rayado la luz del Santo Evangelio, se resolvieron à entrar en bus-

ca de estos Cerriles, y Barbaros, y darles à conocer el Reyno de Jesu-Christo. No fue poca la afliccion de los Christianos de aquellos Catholicos contornos, asi que quedaron enterados de los Apostolicos designios de sus venerados Padres Melchor, y Antonio, como sabidores de la barbaridad, y sevicia, que les dictaba el práctico conocimiento de sus confinantes vecinos. Y al paso que unos daban à Dios repetidas gracias, por lo mucho que cuida su Providencia de multiplicar Obreros en todos los espacios del tiempo, para el cultivo, y dilatacion de su Viña, otros quedaban enternecidos,

la-

lamentándose de los trabajos, que havian de padecer entre aquellas fieras indomitas, segun allá lloraban los de Efeso las tribulaciones que se le esperaban en Jerusalén à su amado Apostol S. Pablo. Pero como el deseo de la propagacion de la Fé, no conoce cobardía, y el zelo de la salvacion de los progimos sabe pisar à cada paso un peligro, dieron principio à su entrada estos Apostolicos Adalides, con el santo fin de dar de golpe en los ojos de aquellos ciegos con la luz de la verdad, ò de sacrificar en esta empresa sus vidas.

Confiados, pues, en que el mismo Señor, que infundió alientos à Isac, para no temer las asechanzas de los Filistéos, les havia de continuar el valor, para no asombrarse de los ardidés de los Talamancas, emprendieron esta dificultosa peregrinacion, para principiar su Conquista. Y revestidos del espíritu de un Moysés, quando fue embiado de Dios para librar à los Israelitas de la servidumbre de Egipto, llevaron adelante su derrota con animosa intrepidez, transitando desiertos yer-

mos, asombrosas soledades, terribles montes, y breñas asperas, para libertar à estos miserables del cautiverio del Principe de las tinieblas. Nada pudo acobardar à estos nuevos Josué, y Caleb, determinados à convertir la pérdida Talamanca en tierra de promision; y con los pies enteramente desnudos, con los Habitostaraceados de remiendos, sin mas vagaje que sus bordones, sin mas bastimento que la providencia, y sin mas guia que la luz del Cielo, se encaminaron para sus cuevas, chozas, palenques, ò rancherías. Havian apostatado de nuestra Santa Fé Catholica los antepasados de estos Gentiles Idólatras; y apesadumbrado el Demonio de que en aquel País se le acababa el imperio, habló desde los Idolos à los Viejos, sus Sacerdotes, diciendoles antes que llegasen los Misioneros, como estaban para entrar en aquellas tierras dos hombres, que iban con el destino de persuadirles à que se hiciesen Christianos, haciendoles juntamente una individual pintura de su porte, estilo, empléo, y Habitostandrajosos;

pe-

pero como el padre de la mentira, aun quando dice verdad, es para urdir muchos engaños, les impresionó el error de que en quanto entrasen allí los Españoles les cortarían à todos las cabezas, en castigo de la apostasía de sus Visabuelos, y Abuelos. Halló abierto el campo con este ensarte el infernal Enemigo, para perturbar los corazones de aquellos racionales Soezes, y con este ardíd faláz quedó embarazado el tránsito de los caminos, y no pudieron entrar con la presteza que deseaban al centro de las Naciones, porque obstinados los principales Caciques con el temor que les causó esta falacia, los juzgaban por espías disimuladas, y por falsos Exploradores, que con su desnudéz, y humilde trage, iban à procurar su ruína.

Por esta causa se detuvieron algun tiempo en las primeras mansiones de aquella infidelidad, instruyendo, y catequizando à algunos de sus moradores, que dando muestras de ser mas dociles, y noticiosos en parte de los bienes que trae el santo Bautismo, por sus

concurrencias, y comercio con los Indios Christianos de Costarica, les pidieron, que les bautizasen, y les manifestaron sus deseos de agregarse à los hijos de la Santa Romana Iglesia. Recibieron los Ministros de Dios esta noticia con gran consuelo de su espíritu; pero deseando la estabilidad de su reduccion, les respondieron con afable estilo, y compasiva ternura, que luego que hiciesen asiento en el corazon de la tierra, en que residía la mayor porcion de gente, emprenderían su catequismo en toda forma, y correrían todo el terreno bautizandolos à todos. Con esta respuesta quedaron aquellos Catecumenos satisfechos, y los Venerables Padres muy confiados del lógro de sus designios, bautizando solo por entonces à algunos parvulos que les ofrecieron con peligro de perder la vida, como primicias alegres de la dilatada conversion que à su zelo tenia reservada el Señor, para coronar de laureles sus fervorosos afanes.

Y como en llegando el termino del beneplacito Divino, facilmente se logra la consecucion

cion de sus soberanos fines, en breve se fue amansando de tal modo todo aquel Gentil Egercito, que no hallando los Apostolicos Varones estorvo para continuar su empresa, pudieron penetrar animosos hasta la principal Poblacion. Al punto que vieron allí congregados à los Caciques, y primeros Indios de sus respectivas familias, les hicieron un largo razonamiento, exponiendoles el fin que los havia movido à transitar, en busca suya, tan desiertos yermos, y peligrosos parages. Procuraron disuadirlos de sus creidos rezelos, y temores imaginados, haciendoles presente, que no traian mas armas, que una Imagen de Christo Crucificado, en cuyo Nombre se havian empeñado, à costa de tantas fatigas, para rescatar sus almas. Enarbolaron el devoto Crucifijo, y comenzaron à anunciarles con Evangelico espíritu, de parte del Redentor del Mundo, la destruccion del Reyno del Demonio, que haviendo hecho falsear la fidelidad de sus Mayores, les havia procurado una perdicion eterna, y à ellos los tenia avallados en una esclavitud desplorable.

Suspense se quedó todo aquel barbaro concurso con la eficaz persuasiva de Fr. Melchor, y Fr. Antonio, quedando al mismo tiempo tan edificados, como absortos, de su desnudéz, de su desabrigo, de su penuria, de su padecer, de su tolerancia, y de su despego de todo interés temporal, y de todo respeto humano. Y como estas circunstancias no pueden menos que encaminarse à formar un convincente argumento, que persuada la verdad de lo que se dice al entendimiento mas tosco, sacaron por consecuencia ser cierta la luz que les predicaban; y dandose à partido su antigua tenacidad, dieron repudio à los sofismas del Demonio, y pidieron el Bautismo, para que los ilustrase la gracia de Jesu-Christo. Para cuyo efecto, asi que estendieron la voz los Caciques se llenaron de innumerables Gentiles las llanuras de aquellos Valles. Unos salian de sus cuevas, otros bajaban de sus empinados riscos, y todos abandonaron sus palenques para reducirse à Pueblos. Desde luego procuraron los Religiosos Conquis-

quistadores fabricar once Iglesias, correspondientes à las parcialidades que acudieron à rendirse à su obediencia, sujetándose al yugo del Evangelio, todas de construccion pagiza, compuestas de troncos, y ramas. Adornaron sus Altares con unas estampas pobres: formaron de caña los Tabernáculos, con florones de diversas plumas, y à los lados arrimaron unas esteras bien tegidas, por los mismos Naturales, para que sirviesen de colgaduras.

No tenían mas que un Ornamento, que siempre lo cargaban consigo; y como éste les havia de servir en todas partes, iban siempre juntos al Templo en que se celebraba la Misa, y el uno servia al otro de Acólito. Para la mayor decencia de este adorable Sacrificio, conservaban unas sandalias de una suela, llevando los pies todo lo restante del día enteramente descalzos. Facilmente se persuadirá la piedad à que en esta Sagrada Mesa adquirían, con el trigo de los Predestinados, las fuerzas para proseguir sus tareas, pues por lo que mira à humanos alimentos, solo

se podian conseguir en aquel gentil pedazo del Mundo raíces asperas, y agrestes yervas; y tal vez, por delicioso regalo, algunos plátanos, un poco de maiz, y escasa porcion de cacao. Es indubitable, que procuraron aprender los intrincados Idiomas de aquel inculto barbarismo, enseñando el Castellano à algunos niños, y éstos les servian despues de Maestros para la mas cabal inteligencia de sus confusos dialectos. Pero siendo constante la prosperidad, y bonanza con que corrian las conversiones, no es inverosímil, que el Señor les huviese comunicado el don de lenguas. Sobre este asunto daré mas individual noticia quando trate de esta gracia, que le concedió el Cielo al V. P. Margil, segun consta por autenticos Testimonios, por no confundir ahora los progresos tan parecidos, y los incansables empleos casi idénticos de estos dos finisimos amantes, tan inseparables en los trabajos, como indivisos en congregar abundantísimos frutos.

Pero para que no cogiesen rosas sin espinas, permitió la

Di-

Divina Providencia, que sugeridos de Satanás algunos de aquellos Gentiles, que desde los principios dieron señas de ser tercios, obstinados, y volubles, intentasen por varios modos apagar la luz de aquellas vidas que, como lucientes antorchas, desvanecian las negras sombras de aquella region obscura. Y discurriendo el medio que les pareció mas facil para la práctica efectiva de sus depravados intentos, pegaron fuego à una de las Iglesias, dedicada al Arcángel San Miguél; y despues de egecutada la maldad se retiraron, como fugitivos, à sus palenques, para egecutar el tiro mas à su salvo, con esta industria, quando los Padres saliesen à buscarlos por las espesuras, y montes. Comprimióse el piadoso corazon de estos Apostolicos Varones con tan sacrilega audacia: lloraron, como otro Jeremías, la desolacion del Templo de Jerusalén; y desde luego idearon los mas convenientes arbitrios para reedificar aquella Casa de Dios, que estaba reducida à cenizas. Y reconociendo considerable flaqueza de ánimo

en los Indios convertidos, y bautizados, que temerosos de la muerte no se atrevian à acompañarlos, se arrojaron solos à los palenques de los huídos, predicandoles con el Santo Crucifijo en las manos, la docilidad, y veneracion à la Doctrina Evangelica. Mas asi que ellos les dieron vista, salieron como Leones de la selva, y formando un confuso babil con su gritería funesta, los acometieron con lanzas, cuchillos, macánas, y otros instrumentos crueles, haciendo tales ademanes, que solo el susto bastaba para que quedasen sin vida. Comenzaron à descargar su furia sobre aquellos inocentes Sacerdotes, que en breve huvieran sido despojos yertos de sus indignaciones cólericas, si no hubiera quebrado el Poder Divino la fuerza al impulso de los golpes, empeñandose en sacarlos vivos, y sin lesion, en medio de tan indignos tratamientos. Tal era la fiereza con que les despedian los dardos, que con una furiosa lanzada hicieron pedazos un brazo de la caja en que llevaban el Santo Christo, quedando intacta la

F

So-

Soberana Imagen del Señor, que era su unico asylo, y escudo para rebatir, y desvanecer la tempestad, que por todos vientos les llovía tan temible, y peligroso granizo.

Mas viendo que su rabioso corage no alcanzaba à darles la muerte, se resolvieron à arrojarlos à empellones de sus tierras. Con estas experiencias, determinaron los benditos Misioneros retirarse para donde estaba el concurso de la gente ya convertida, y diferir su zelosa actividad, para vencer tan proterva obstinacion en ocasion mas oportuna. Y no contentos, al parecer, con sacudirse el polvo que se les pudo pegar à los pies en aquel terreno, tomaron unos puñados de tierra, y los esparcieron al ayre. Vió esta accion una de las principales Indias, y tomando tambien tierra con ambas manos, la arrojó à los humildes Padres, embistiendolos como una enfurecida Leona, y diciendoles descomedidos oprobrios. Llenos de polvo, rendidos del cansancio, faltos de alimento, roncadas las fauces, y siempre inalterables en su constancia Apostolica,

volvieron à donde tenían su asiento con los Naturales ya reducidos, los quales no pudieron menos, que celebrar su llegada con tiernas, y alegres demostraciones, atribuyendo à milagro el que aquellos feroces Tigres no los huvieran muerto, y despedazado. Reedificaron el Templo, reducido à pavesas, y esperando, por fruto de su paciencia, que el Cielo ablandase los empedernidos corazones de los incendiarios, prosiguieron en la instruccion de los mas dociles.

Los trabajos, y los peligros que en este lance experimentaron, y padecieron los Venerables Melchor, y Antonio, quedan, por mayor, reservados al mismo Dios, que los constituyó tan esforzados Gedeones. Como la tumultuante Tropa de los Barbaros obligaba à separar al uno del otro, empleando à un mismo tiempo sus Apostolicos afanes en reducir à distintas familias, y tumultos, se les ofrecieron varios aprietos, en que cada uno padecia à solas, y sin mas testigo que se doliese de su pena, que el sufrimiento, y aguante. Lo que se supo des-

despues de muchos años, por relacion que, tal vez confesandose, hizo el Padre Margil à un Religioso, hablando de lo mucho que el Señor favorece à los Misioneros, y de la dicha que consiguen los que logran el martyrio, fue, que hallandose el mismo P. Antonio cercado de Indios, que lo querían flechar, lo sacó el Señor de enmedio de ellos, como à otro Abacuc, por ministerio de Angeles. Y que en otra ocasion que amarraron al P. Melchor, para quitarle la vida, tuvo aviso de su peligro el V. P. Margil, y acudiendo con aceleracion al amparo de su Compañero, pudo pacificar à los alborotados Barbaros, y librarlo de la muerte. Por instrumentos fidedignos consta, que ambos estuvieron atados à un madero, para ser quemados; pero por mas que cebaron los Gentiles la hoguera que formaron en circulo, para reducirlos à ceniza, no pudieron conseguirlo en veinte y quatro horas de porfia: Y en fin, los sacó indemnes de entre sus llamas el mismo Señor, que desarmando de su actividad al fuego, liberto à

los tres Mancebos de Babylo-
nia de la voracidad de aquel
encendido horno, en que los
mandó arrojar la crueldad de
Nabuco.

En una de aquellas indomitas rancherías fueron presos, y llevados à lo mas intrincado de sus breñas, y alli les mandaron los Barbaros que se arrodillasen, para martyrizarlos. Obedecieron los benditos Padres tan puntuales, como gustosos, vertiendo lagrimas de gozo, y dando repetidas gracias à Dios, mirando como próxima la corona; pero no dandoles licencia el Cielo para egecutar el intentado sacrificio de estas dos inocentes Víctimas, los tuvieron tres dias con sus noches en postura tan trabajosa, sin comer, y sin beber cosa alguna. Al cabo de los tres dias reconoció Fr. Antonio, que su desfallecimiento era notable, por la falta de sustento; y como temeroso de concurrir con su omision à sus proprias muertes, le preguntó al P. Fr. Melchor, si sería conveniente el levantarse à comer algunas yervas, puesto que los Indios les daban lugar para ello,

ausentandose por algunos breves espacios? Respondióle Fr. Melchor, que en su establecida alternacion de gobierno por semanas, era él el que por entonces mandaba, que en aquellas circunstancias, no debian hacer mas, que resignarse en la voluntad de Dios, y dejarse à la libertad de los Indios, para que si quisiesen les quitasen la vida con el hierro, ò les diesen la muerte con la hambre. Rindióse nuestro Margil, sin réplica, al dictamen del Superior; y parece que solo esperaba el Señor este heroico acto de obediencia, para quitar de aquellos idólatras corazones su barbara determinacion, pues en breve vinieron los Indios, mandandoles comer unos plátanos que les tiraron; y permitiendoles que bebiesen, los arrojaron de sus territorios, para que fuesen à buscar otras familias mas dociles, ò mas dis-

puestas para darles el martyrio: En varias ocasiones les dieron veneno en este mismo Pais, y viendo que perdía su activa fuerza, y no les causaba daño, los tenian por Dioses inmortales. Por conclusion, habiendo los infatigables Misioneros reducido à innumerables de aquellos idólatras al gremio de la Santa Iglesia, determinaron poner en planta la sujecion de las demás Naciones, y enviaron un recado à los protervos alzados, diciendoles, que en volviendo de convertir à sus enemigos los Terrabas, volverían otra vez à verlos, y les besarían los pies. Con esto fueron continuando sus circulos por toda aquella Comarca, en busca de otras familias, en cuyos corazones hallase campo para fructificar el grano de la Divina Palabra, segun voy à referir.



CAPITULO VII.

PASA EL V. PADRE ANTONIO à los Terrabas, y logra con su Compañero maravillosas conversiones: Establece su union con los Talamancas, y conseguida la conversion de todos, entra à la Vera-Paz, y obra el Señor por su medio raros portentos.

Reducida ya gran parte de la Talamanca, y prácticamente cerciorados los Venerables Ministros, que las disensiones, y guerras de unas Naciones con otras, servian de estorvo à su deseada Conquista, se resolvieron à entrar à los feroces Terrabas, que à mas de ser declarados enemigos de los referidos Talamancas, era tal su ojeriza contra los Españoles, que si caía alguno en sus manos, luego era Víctima de su ódio. Por esta causa se vieron compelidos à hacer varios circulos, y rodéos, para conseguir su entrada, hasta que al fin hallaron el paso franco por una de las ultimas Naciones de Costa-Rica, conocida por los Borúcas, en cuyo

Pais, que sin embargo de estar ya reducido à nuestra Santa Fé Catholica, no havian podido lograr sus Ministros el cumplimiento de su zelo, bautizaron muchos Indios, y pusieron en harmonía, y concierto la confusion, y desorden, que indicaba su propio nombre. De allí pasaron à los Tejabas, gente de suave genio, y dociles inclinaciones; y dejandolos en breve instruidos en el conocimiento de Dios, y rudimentos de nuestra Catholica Fé, eligieron en aquel parage una Iglesia, dedicada à N. S. P. S. Francisco, para que abrigados à la sombra de este Alferez de Jesu-Christo, quedasen defendidos, y resguardados de los tiros con que el Demonio intentaba su ruina.